

11 Edith González

Vende cara tu exclusiva, Aventurera

Contacto cercano con la panza *fake*

Todos los reporteros de las fuentes de política y espectáculos llevaban varias semanas persiguiendo a la cigüeña. Sabían que Edith González podría dar a luz en cualquier momento a su primogénita Constanza.

En aquel tiempo, aunque no se sabía con certeza quién era el papá de su bebé, pues ella había mantenido un silencio sepulcral al respecto y llevado su embarazo con absoluta discreción, ya se manejaba el nombre de Santiago Creel Miranda, entonces secretario de Gobernación de Vicente Fox.

Como no hay reportero sin suerte, la información, sin querer, le llegó a Jessica Sáenz por parte de una muy buena amiga, quien le contó que su vecina impartía el curso psicoprofiláctico al que asistía la actriz. Así consiguió la dirección exacta donde podría acercarse a la mamá primeriza, averiguar más sobre su embarazo y tomarle algunas fotos.

Y haciendo honor a la frase que dice “cuando te toca, aunque te quites; cuando no, aunque te pongas”, justo escogió el 17 de agosto de 2004 para improvisar una pequeña pancita con unos trapos y, en traje de carácter, lanzarse al lugar en las Lomas de Chapultepec. ¡Ah, cómo le gustaba eso de disfrazarse!

Llegó al departamento transformado en un salón de clases. Sólo había mujeres en estado avanzadísimo de embarazo que la miraban admiradas, pues a ella “ni se le notaba”.

—Hola, soy Jessica Sáenz, vengo a pedir informes —dijo a la instructora, Vivi Weissmann.

—¿Cuántas semanas de embarazo tienes? —le preguntó ella al tiempo que le sobaba la barriga.

¡A Jessica casi le da un ataque! No esperaba que alguien tuviera contacto cercano con su panza *fake*. ¿A quién se le ocurre acariciar el vientre a una desconocida? ¡Ufff! ¡Qué atrevimiento!

Automáticamente, Jess dio un paso atrás y con voz temblorosa contestó que llevaba doce semanas. “Uy, te falta mucho, regresa en cuatro meses”, le dijo la instructora con una ternura en la mirada que la hizo sentir aún peor.

Jessica tomó una tarjetita de la recepción y salió con la cola entre las patas. Durante los escasos cinco minutos que estuvo ahí dentro, nunca vio a Edith. “¿Por qué habría faltado a su clase?”, se preguntaba.

Acababa de subir a su coche y de quitarse la falsa pancita, cuando recibió la llamada de su mamá para avisarle que en el programa *Ventaneando* de TV Azteca acababan de anunciar

que a Edith se le había adelantado el parto y había entrado en labor esa mañana. ¡Con razón no había ido al curso!

Inmediatamente, Jessica se lanzó al que en ese tiempo era el Hospital Santa Teresa, después Médica Sur Lomas, en donde también nació el hijo menor del *Peje* (Andrés Manuel López Obrador), el que tuvo con Beatriz Gutiérrez Mueller.

Era una clínica pequeña, atendida por religiosas. Edith había llegado a las 9:45 de la mañana y pasada la una de la tarde, hubo que practicarle una cesárea, así que el dichoso curso psicoprofiláctico no le había servido de mucho.

Constanza, una bebita rubia y con ojos claros como los de su mamá (luego se supo que también como los de su papá), llegó al mundo ese 17 de agosto de 2004 y pesó 2.430 kilogramos.

Tras la recuperación, la nueva mamá fue trasladada a la habitación trescientos cuatro. Sor Graciela, responsable de las pacientes que ocupaban las suites, tenía la orden de dejar pasar solamente a cuatro personas: Víctor Manuel González, su hermano; Ofelia Fuentes de González, su mamá; Francisco Tolentino Martínez, al parecer su chofer, y Patricia Gómez, que Jess nunca supo quién era.

Pese a la lista de restricciones, fueron a visitarla sus amigas del medio artístico. Llegaron Gaby Ruffo, hermana de la actriz Victoria Ruffo, y Lorena Velázquez, quien unos años después se casó con el hermano de Edith. Esta última compartió con los representantes de los cuatro o cinco medios que esperaban en la banquetta, frente a la entrada del hospital, que la bebé estaba hermosa y que Edith se sentía agotada, pero que hablaría al día siguiente con la prensa.

Entre los regalos que llegaron estaban una cajita acompañada de una tarjeta con un mensaje cariñoso de Pati Chapoy y un arreglo de flores de parte de Victoria Ruffo y su esposo, el político priista Omar Fayad.

Por ese día, Jess ya no podía hacer más. Tuvo que volver a la mañana siguiente, muy temprano, para captar las primeras imágenes de Constanza.

Resultó más complicado de lo que esperaba, pues mientras Edith salía del hospital al lado de su mamá, con paso lento, una rosa roja en la mano y lentes oscuros, Sor Graciela traía a Constanza en brazos, envuelta como taquito con una cobijita de franela y tapada hasta la cabeza para que la docena de medios presentes no pudieran fotografiar su cara. Todos comían ansias por saber a quién se parecía; se quedaron con las ganas.

La actriz declaró que estaba muy feliz por haberse convertido en mamá y una vez más recalcó que no hablaría sobre el padre de su hija. En ese momento nadie gozó de las mieles de una exclusiva. Todos los medios tuvieron la misma nota.

En su edición del 3 de septiembre de 2004, *Quién* publicó la noticia en página y media, abriendo su sección llamada “Quién figura”. El título decía: “¡La cigüeña la tomó por sorpresa!” y el artículo incluía las fotos de Edith saliendo del hospital y de los regalos que había recibido.

Cuatro años después, la revista *Mi Guía* publicó el acta de nacimiento de Constanza en la que ya aparecía el apellido Creel; hasta entonces se pudo confirmar que, efectivamente, esos ojos claros fueron también herencia de su papá.

Por su parte, la siguiente vez que Jess fue a un curso psico-profiláctico, su panza no podía ser más real.

¿Quién da más?

“¡Dile a la directora de tu revista que me llame. Voy a decir públicamente quién es el padre de mi hija! ¡Finalmente se los diré! ¡Pero dile que me llame ya!”. Esta frase fue repetida una y otra vez con las mismas palabras pero en distinto orden y volumen de voz por Edith González a Beto Tavira, luego de que se lo presentaron como el editor de política de la revista *Quién*.

La escena en el Polyforum Siqueiros tuvo varios testigos. Ocurrió en la fiesta del bautizo de los mellizos de Óscar Madrazo, director de la agencia de modelos Contempo y de quien Edith era una gran amiga.

La actriz, acompañada de los galeristas Enrique Guerrero y Óscar Román, vestida con un traje negro satinado, cinturón dorado y lentes redondos de utilería también en color dorado, relajó el cuerpo con la música del DJ y con las bebidas de buena calidad que no dejaron de circular durante toda la noche. De paso, también relajó los músculos de la lengua: “Es en serio, dile a tu jefa que me llame. Neta que me llame”, le decía una Edith que parecía tener una actitud más allá de lo alegre a Beto, quien había ido a cubrir la fiesta para la revista.

Y el periodismo aprovechó la alegría.

—Dianis, tengo a mi lado a Edith González, quien dice que quiere revelar públicamente el nombre que tú y yo sabemos —le dijo al otro lado del celular Beto a su jefa, a quien le había

llamado desde la fiesta aprovechando los ánimos exacerbados de la güera.

—Si está tan decidida, pues de una vez ponle la grabadora y que lo diga —respondió Diana Penagos, quien apenas se alcanzaba a escuchar debido al ruido del evento.

—No. No. No. Dile a la Penagos que me llame. Que me llame mañana —insistía Edith.

—Pero mañana es domingo. No seas así —le respondió Beto ya con malicia en la sonrisa—.

El lunes siguiente, antes del mediodía, Edith ya tenía varias llamadas y mensajes de voz en su celular por parte de la editora general de *Quién*. Si a Diana alguien le decía “ahora”, ella decidida respondía con un “va, en caliente”.

Pero el “en caliente” de Edith se fue enfriando. Pasaron los días, Diana no quitaba el dedo del renglón, hasta que por fin la actriz le propuso una fecha para verse, seguramente rogando que “La Penagos”, como ella le decía, no pudiera.

“Claro que puedo”, le confirmó Diana, quien le pidió a su asistente que le acomodara la agenda. Pero de que ella iba a esa comida, iba.

La cita era en el restaurante Ivoire, de cocina francesa, ubicado en la calle Emilio Castelar, en Polanco. Diana le pidió a Beto que la acompañara, ya que él había sido el mensajero.

Llegaron ellos primero. Ocuparon una de las mesas de la terraza en la planta alta, desde donde se disfrutaba de una tarde soleada con vista al Parque Lincoln o Parque del Reloj o Parque Polanco, como quiera uno llamarle.

Edith llegó más tarde de lo tolerado por las reglas de urbanidad. Si Beto y Diana no hubieran estado en funciones, seguramente hubieran pedido un tequilita o un vinito; la tarde lo ameritaba.

Con los lentes de sol puestos, incluso en el espacio cerrado, vieron a Edith dirigirse hacia ellos. Vestía toda de mezclilla, con *jeans* ajustados y chamarra de la misma tela.

Tras instalarse y romper el hielo comentando que se había tardado un poco en arreglarse porque no sabía muy bien qué ponerse para no verse *overdressed* ni *underdressed*, monopolizó la conversación haciendo referencia a su círculo social y dejando claro ser “amiga de toda la vida” de los nombres y apellidos más recurrentes en las páginas de *Quién*.

Pidieron de comer. Llegó el primer tiempo y los temas cualquiera seguían sobre la mesa. Llegó el segundo tiempo. No pasaban a mayores. Edith hablaba de lo que fuera, como evitando entrar en materia. Llegó el postre. Ella se levantó al baño, mientras Diana y Beto se veían desconcertados el uno al otro y se decían que ya era mucho, que “a lo que te truje Chenchá”, pues debían regresar a la oficina.

Cuando Edith volvió del baño y el mesero servía los cafés, Diana por fin pudo sacar el tema que los había llevado hasta ahí:

—Bueno Edith, aquí estoy, respondiendo a tu llamado. Me dijo Beto que querías verme.

—Sí, eh... Bueno... —contestó Edith, volteando a ver a uno y a otro como en partido de ping pong.

—Que estabas dispuesta a revelar en *Quién* el nombre del padre de Constanza —aventuró Diana sabiendo que el “en caliente” ya había pasado.

—Mira, Penagos, ese día de la fiesta me pareció que tenía que hacerlo, pero ya lo pensé bien y no creo conveniente contar esa historia... por ahora —dijo Edith recargada sobre los cojines blancos de las sillas del Ivoire.

Por más que Diana y Beto insistieron, no hubo poder humano que la hiciera cambiar de opinión. Muy educada, pidió disculpas por haberlos hecho ir y por haberse dejado llevar por el calor de la fiesta aquella noche. Diana y Beto apretaron la mandíbula superior contra la inferior hasta sacar chispas, tragando camote y con una sonrisa tan falsa como los bolsos Louis Vuitton que venden en el bazar de la calle El Oro en la Roma.

Un “¡Me lleva la chingada!” salió del cubículo de Beto Tavira dos años después. Veía a través de la pantalla de su Mac cómo otro medio le había ganado la exclusiva.

El documento oficial que demostraba que Santiago Creel Miranda era el padre biológico de la hija de Edith González se había publicado como primicia en el medio de comunicación menos previsible, en el momento menos imaginado. Era la última semana de mayo de 2008 y la revista de espectáculos *Mi Guía*, cuyo tiraje estaba a kilómetros de distancia del duopolio *TVNotas* y *TVyNovelas*, daba a conocer el acta de nacimiento de la pequeña Constanza en la que se leía: “Nombre del padre: Santiago Creel Miranda; Nombre la madre: Edith González

Fuentes”. Una vez que salió a la venta el semanario, retembló en sus centros la tierra al sonoro rugir de la publicación.

Puede decirse que ése fue el golpe más importante de esa revista. Confirmaba lo que había sido un secreto a voces por años.

Constanza, la hija de Edith por la cual Jessica Sáenz, coordinadora *paparazzi* de *Quién*, había usado una panza de embarazo *fake* y cuyo nacimiento había reportado cuatro años atrás, había sido registrada en dos ocasiones. En la primera, con los apellidos de su mamá: González Fuentes. En la segunda, se incluía el apellido de su papá: Constanza Creel González. Esto significaba que el entonces senador por el Partido Acción Nacional ya había aceptado ante el registro civil su paternidad.

Lo de menos era el pecado, lo de más era el escándalo. Así que el 20 de mayo de 2008 el panista se vio orillado a reconocer públicamente a la niña: “En primer lugar quiero decirles que es un acta auténtica y que he reconocido que Constanza es mi hija. Aquí con ustedes quiero dar la cara de ello”, ratificó el entonces coordinador de la bancada panista en el Senado de la República al enjambre de reporteros, tanto de la fuente de política como de espectáculos, que abarrotaban las escaleras de la Cámara Alta del Congreso de la Unión.

“¿Cómo se nos fue esta nota, carajo?!” se reclamaba a sí misma la editora de *Quién* y le formulaba la preguntaba retórica a quien se le pusiera enfrente en ese momento, cuando ya tenía la revista *Mi Guía* en el escritorio de su oficina. “Era nuestra nota. Nosotros siempre la hemos seguido. Hasta nos

fuimos a comer con Edith”. Diana Penagos estaba furiosa consigo misma, por decir lo menos.

Por su parte, Beto Tavira se retorció en el asiento de su escritorio como ostión cuando le echan limón y chile piquín. El resto de la redacción también tenía cara de ardor. Así como celebraban en conjunto los éxitos, los sinsabores eran igualmente compartidos.

Después del desahogo inicial, Diana sabía que había que reaccionar lo más rápido posible. Primero, había que retomar la nota de *Mi Guía*, con su debido crédito, en *Quien.com*. Después, pensar en qué publicarían en la revista impresa, cuya fecha de salida más próxima era el 30 de mayo. Calculando la semana que tardaba en imprimirse, tenían más o menos cinco días para armar algo.

Justo en ese instante recordó una plática que había tenido con un conocido semanas antes; una charla que había pasado sin pena ni gloria, pero que ahora tomaba la mayor importancia. Ese conocido le había contado, entre muchas otras cosas, que Edith estaba filmando una película en un pueblito en Guanajuato. Era una producción en sus inicios, de poco presupuesto, por lo que hasta ese momento no se le había hecho publicidad y la locación era prácticamente desconocida.

Pero Diana la conocía. La suerte le sonreía. Salió precipitadamente de su oficina y gritó, para que le llegara hasta su cubículo a su editor de política: “¡Beto, ¿puedes venir?! ¡Métele velocidad!”

Beto llegó corriendo, con cara de preocupación.

—¿Pero qué pasa?!

—No te agobies, nada grave —lo tranquilizó Diana—. Te vas ahorita mismo a Pozos. Te llevas a Saúl contigo. Ve lo de los viáticos con Isa (la asistente editorial que los salvaba en cada bomberazo).

Diana lo puso al corriente: sabía que Edith estaba filmando ahí, no conocía la locación exacta, pero que siendo un pueblo pequeño y casi desierto, seguro no habría problema en encontrarla; que se le parara enfrente y consiguiera la entrevista sí o sí. Debía traer la portada; las primeras declaraciones de ella luego de que se diera a conocer al papá de su hija. Mientras, en la oficina recopilarían todo el material que habían publicado tanto de Edith como de Creel para ver qué podían retomar, y él debía ir pensando dónde y con quién podían conseguir información nueva para completar.

Aunque era viernes de trabajar medio día y tenía el fin de semana por delante, Beto, sin chistar, puso manos a la obra y ni tardo ni perezoso se dispuso a partir a Mineral de Pozos con Saúl Díaz González, fotógrafo *paparazzi* de *Quién*.

Saúl era todo un personaje. De complexión robusta repartida en aproximadamente 1.85 metros de estatura, pelo largo, lacio y abundante casi hasta el hombro, tez morena y dueño de una escasa y rebelde barba, se convirtió en uno de los pilares en las investigaciones especiales que entonces hacía la revista. Sus gustos extravagantes lo hacían único y divertido pero, al mismo tiempo, temible. Era explosivo y arrojado. Cuando estaba detrás de una nota, nada lo detenía, por lo que su jefa directa, Jessica Sáenz, le puso el sobrenombre de “El sicario de la lente”.

Por su aspecto, algunos de los fotógrafos del gremio le hacían *bullying* con el apodo de “El Cristo de Iztapalacra”, pero también le reconocían que era el mejor *paparazzi*. Si uno se hubiera topado con Saúl en un callejón oscuro y solitario, nada más de verlo, hubiera corrido por su vida. Sin embargo, tenía un corazón noble y la camiseta de *Quién* bien puesta.

Podía pasar por todo, menos desapercibido. Cuando vestía de traje, era un pachuco de los pies a la cabeza, sombrero incluido, y su fama de Don Juan se había extendido entre sus compañeros fotógrafos, a quienes se les quedaron grabadas sus memorables frases: “El sexo es como un vaso de agua, no se le niega a nadie”, “¿Quién soy yo para perdonársela?” o “Feo, pero me hacen fila”.

En los últimos días de mayo de 2008, Beto y Saúl tomaron carretera, a temprana hora, rumbo al estado de Guanajuato, a bordo del Volkswagen Beetle rojo con vidrios polarizados y escape ruidoso de Saúl.

No fue un recorrido fácil para Beto. A lo largo de las cuatro horas de trayecto, se chutó todo un *playlist* con los éxitos y no éxitos de la música de banda, entre ellos los de El Recodo, a un volumen que excedía por mucho los decibeles permitidos por cualquier autoridad. Eso aunado a que a Saúl le gustaba manejar como si estuviera en el autódromo. “Tú tranquilo, Betito”, decía cuando él le pedía que bajara la velocidad, pues la aguja del velocímetro rebasaba los 130 kilómetros por hora.

“Preguntando se llega a la Aventurera”, exclamó Saúl con su tono popular de vocales barridas en cuanto él y Beto llegaron a Pozos, un Pueblo Mágico de reputación fantasmal que,

según cuenta la leyenda, fue abandonado dos veces desde su fundación.

Una vez en la Alameda, Beto, con su alma reporteril, a bordo del vehículo y con el cristal abajo, inició lo suyo: “Disculpe, ¿no ha visto por aquí a la actriz Edith González?”, le preguntó a un transeúnte que no dio respuesta. Quizá pensó que era una broma de uno de esos chilangos desquehacerados. “¿De casualidad sabe si están filmando por aquí una película?”, reformuló la pregunta a una lugareña, quien luego de pensar un poco respondió que no. La fama de que en los pueblos chicos todo se sabe comenzaba a derrumbarse. Había que cambiar de estrategia.

“Oiga, jefe, ¿cuál es el mejor hotel de por aquí?”, investigó Beto con un señor de edad madura, quien de inmediato le dio el nombre y le explicó cómo llegar.

Dieron con el lugar indicado y con la persona indicada: “Buenas tardes, señorita —saludó Beto a la recepcionista del hotel—. Traigo unas pelucas y otros accesorios para la señora Edith González, para lo de la película, pero por más vueltas que he dado, no logro llegar a la dirección que me dio de la locación. Por favor explíqueme con peras y manzanas”.

Beto, Saúl y el Beetle rojo llegaron al sitio donde se filmaban escenas de la película *Deseo*. Se estacionaron a una distancia prudente. Planearon la estrategia de ataque desde lejos. Ambos descendieron del coche y caminaron a paso firme hacia la producción. Uno con una cámara y un lente kilométrico; el otro, con dos grabadoras de voz encendidas.

Ubicaron dónde estaba Edith dentro de la casa que daba el aspecto de encontrarse abandonada. Saúl se quedó tomando fotos desde afuera, detrás de unos árboles para no ser visto. Beto, en cuanto comprobó que estaban en un corte del rodaje, entró con esa seguridad en sí mismo que adopta en circunstancias como esa, instalado en el papel de que lo esperaba la señora González... y se le plantó enfrente.

—¿Tú qué haces aquí?! —le espetó una sorprendidísima Edith, quien pensó que en ese remoto lugar estaría a salvo del escándalo que se había desatado con lo de la paternidad de su hija. —¿Si nadie sabía dónde estoy! ¡¿Cómo supiste?!

—Si la exclusiva no va a uno, uno viene a la exclusiva —le respondió Beto dejando muy claro el porqué de su intempestiva visita.

—Sin comentarios —dijo Edith tan cordial como impávida.

—No puedes no tener comentarios cuando el acta de nacimiento de tu hija colapsó las escaleras del Senado de la República. Hablemos, Edith. Te lo pido por favor.

—Sin comentarios —repitió ella mirando fijamente a los ojos a su interlocutor y congelando cualquier movimiento de los músculos de la cara.

—Tú sabes cuánto tiempo hemos estado en la revista tras esta historia. Hemos sido respetuosos de tu silencio, pero hoy ya hay un documento oficial público donde se deja muy claro que el padre de tu hija es otro personaje público, ¡un senador! ¿Cómo no vas a tener comentarios?

—Sin comentarios —volvió a repetir, dejando claro que ya

tenía preparado su *speech* impenetrable para cuando llegara ese momento.

—Te dejo mi tarjeta, Edith. Aquí viene mi celular. Estaré por aquí un par de días más. Créeme que la revista *Quién* es el mejor medio para contar tu historia. Sabemos que es un tema delicado y te aseguro que lo trataremos con profesionalismo.

—Mira que me caes bien —replicó ella—. Venirte a parar aquí... Ustedes son los primeros que me buscan ¿sabías? Les reconozco su labor, se merecen que les dé la entrevista —por unos segundos que a Beto le parecieron interminables, dudó—. Me tengo que ir, me están llamando. Adiós, Beto.

Frustrados, Beto y Saúl se fueron a San Miguel de Allende. Llegando allá se detuvieron para comer algo en el restaurante San Agustín, propiedad de la afamada actriz Margarita Gralía. Las penas con pan son menos, así que no dejaron de probar los churros y el chocolate calentito, que son la especialidad del lugar. Desde ahí, Beto llamó a Diana para informarle de la misión fallida. Ella, a su vez, le comentó que Edith y Santiago acababan de lanzar un comunicado conjunto. Y se lo leyó completo:

Por causas ajenas a nuestra voluntad, en algunos medios de comunicación circula el acta de nacimiento de nuestra pequeña y adorada Constanza. Hemos convenido solicitar su comprensión para que el asunto de nuestra hija se le dé el trato que otorga el derecho a la privacidad. Por lo tanto, ésta será nuestra única declaración al respecto.

Hasta ese momento todo estaba dicho. Sin embargo, aproximadamente una hora después sonó el celular de Beto. La que llamaba era una mujer que se presentó como la *mánager* de Edith González.

—Ya me dijo Edith que están en Pozos —comenzó el diálogo la encargada de medios por parte de la actriz.

—Sí, sí —respondió Beto emocionado—, queremos hacer una entrevista muy humana y, sobre todo, respetuosa. También tenemos pensado hacer unas fotos de Edith con Constanza ya que no tenemos ninguna de ellas dos juntas. ¿A qué hora nos puede recibir?

—¿Cuál es el presupuesto que tienen? —preguntó sin rodeos la *manager*.

—No... No... Es que... —Beto no quería equivocarse en la respuesta— En realidad no tenemos ningún presupuesto. Las políticas del grupo son muy estrictas en ese sentido y nosotros no pagamos a los personajes por las entrevistas. Pero lo que sí te puedo ofrecer es una entrevista...

—Mira, Beto —lo interrumpió—, tengo en la otra línea a la gente de la revista *¡Hola!* y me está ofreciendo una buena cantidad por la entrevista con Edith. ¿Cuánto ofrecen ustedes, corazón?

—¿De plano se trata de venderse al mejor postor? —a Beto se le había acabado la paciencia y con ello los diálogos políticamente correctos.

—Espero que me entiendas —trataba de conciliar la *manager*.

—La que no está entendiendo eres tú. Esta historia va a salir en *Quién* con o sin la entrevista con Edith.

—Qué lástima que no pudimos llegar a ningún acuerdo, corazón. Que tengan bonito camino de regreso. Byyye.

Edith González olvidó la frase “no hay enemigo pequeño”. Como sabía que la revista *Quién* no contaba en su acervo con fotografías de ella con Constanza para publicar en la portada y, sobre todo, como no le había concedido la entrevista, supuso que desistiría del reportaje, por lo que *¡Hola!* se llevaría el protagonismo absoluto. Pero no fue así. Como siempre sucedía en los momentos de mayor crisis en la redacción de *Quién*, las piezas del rompecabezas se fueron colocando una a una.

Mientras Beto iba armando el texto, Diana puso al equipo de foto de la revista a buscar imágenes de madre e hija hasta por debajo de las piedras. Las que tenían en archivo eran todas *paparazzi* que no servían para portada. En agencias tampoco había gran cosa.

Uno de esos días de la semana que tenían para cerrar, cuando Diana manejaba rumbo a su casa mientras pensaba en un “plan B” por si no lograba la historia, la solución le dio en la cara. En un alto, esperando la luz verde, alzó la vista y ante ella descubrió un espectacular con una foto de Edith y Constanza publicitando una marca de belleza. Lo que son las cosas: ese espectacular era parte de su paisaje urbano diario en su camino a casa; lo había tenido en sus narices todo el tiempo. Había que hablar a la marca y pedirle que les vendieran las fotos que no utilizaron de esa sesión.

A la mañana siguiente, Diana llegó a la oficina más temprano que de costumbre. Le comían las habas por pedirle a Isra (Israel Hernández, coordinador de foto) que hablara a Zermat, una empresa de venta de perfumes y cosméticos por catálogo, y preguntara si tenían descarte que les pudieran vender de la campaña de la que Edith y Constanza eran imagen.

Isra solía llegar tempranísimo a la oficina, casi siempre era el primero, porque como vivía muy lejos, prefería madrugar y evitarse el tráfico mañanero. Ese día no fue la excepción. Cuando Diana llegó, él ya estaba ahí. Ella, entrando, se fue derecho al escritorio de él, sin siquiera pasar por su lugar para dejar su bolsa. “Isra, en cuanto den las nueve, habla a Zermat, averíguate el teléfono, no debe ser difícil, y pídeles las fotos publicitarias que hicieron con Edith y Constanza”, le pidió.

Efectivamente, Isra consiguió el número de la empresa, llamó y pronto dio con la persona adecuada: la gerente de mercadotecnia. Ella escuchó entusiasmada la petición, pues vio la oportunidad de hacer presencia de marca en la revista *Quién* sin costo alguno. Le parecía única. Le dijo a Isra que pediría autorización a sus jefes y que le devolvería la llamada en un par de horas.

A las dos horas, Isra ya le estaba marcando de nuevo, esperanzado por escuchar el “sí” y lo que obtuvo fue mucho mejor. Ella le comentó que tenían una campaña nueva, que todavía no salía al aire por lo que nadie había visto las fotos, que si le interesaba. Isra no podía creer lo que oía. “¡Claro! —contestó—. Mándame las fotos para ver si nos sirven y te confirmo cuanto antes”.

Cuando Isra y Diana vieron las imágenes en la pantalla, se quedaron atónitos. Tenían una foto de Edith y Constanza inédita, viendo directo a la cámara, como si les posaran a ellos.

—¿Cuánto nos va a costar, Isra? —preguntó Diana esperando el ramalazo.

—Nada —contestó emocionado y sonriente—. Que sólo quieren que mencionemos que Edith es imagen de Zermat y el nombre de la campaña.

—¿Eso es todo, neta?

—Sí.

—Sin problema, pídeles que te las manden en alta.

Así lo hizo la gerente de mercadotecnia junto con una carta para que ambas partes firmaran el acuerdo.

En cuanto al texto, Beto había dado con una fuente cercana a Edith que le contó los detalles desconocidos de la relación entre la actriz y el político a lo largo de los años y cómo *Quién* había precipitado las cosas para que él por fin accediera a reconocer a su hija cuando el 9 de noviembre de 2007 había publicado unas fotos de Creel con su novia Paulina Velasco, con lo que Edith asumió que como él ya hacía pública su relación con una veinteañera, también podría legalizar su situación sobre la paternidad de Constanza. Santiago aceptó y el 4 de marzo de 2008 registró a la niña con los apellidos Creel González. Una fuente del juzgado cuarenta y seis del Registro Civil reveló quiénes habían sido los testigos y que la juez había ido a casa de Edith para llevar a cabo el trámite.

Además, Beto retomó todo el material de ellos que la revista había publicado anteriormente y, de eso, de eso había mucho.

Respecto de las fotos de interiores, por supuesto hubo una de Edith en Pozos, mientras filmaba la película, y se le sacó jugo a todos los *paparazzi* que la revista había hecho de Constanza: las fotos que había tomado Jessica Sáenz el día que Edith salió del hospital; las que había tomado Saúl de la niña yendo a tomar un helado y saliendo del ballet; la de la fachada del departamento en el que Creel se fue a vivir cuando se separó de su primera mujer, Beatriz Garza Ríos...

Finalmente, *Quién* y *¡Hola!* salieron al mercado a competir con el culebrón del momento en sus respectivas portadas. La primera, con fecha del 30 de mayo de 2008, tituló su artículo principal: "Creel y Edith papás en secreto. Detalles inéditos del romance y la relación con su hija". La segunda, fechada el 5 de junio de 2008, cabeció: "La exclusiva más esperada. Edith González y Constanza Creel. 'No fue una bebé planeada, pero fue aceptada y deseada con enorme ilusión por los dos... y Santiago siempre ha estado ahí para ella'".

Los que no estuvieron muy contentos con la portada de *Quién* fueron la propia Edith y Zermat. En cuanto salió la revista a la venta, la gerente de mercadotecnia le habló a Isra no para decirle lo feliz que estaba con sus fotos, sino para contarle que se había armado la de Dios padre. Que Edith había hablado enfurecida a la empresa para reclamarles, en un elevado tono de voz, por qué habían utilizado sus fotos para otro fin que no era la campaña y ¡sin avisarle! Por más que la gerente de mercadotecnia trató de explicarle que sí las habían prestado, pero con un fin promocional, Edith no oía razones. Les echó en cara que la gente del *¡Hola!* le había reclamado porque pensó que

ella había posado para *Quién* —y sí parecía— y como ésta había salido una semana antes que la revista española, de alguna manera le había echado a perder su exclusiva.

No dejaba de tener algo de razón. La gerente de mercadotecnia estaba muy angustiada porque su puesto pendía de un hilo. Isra estaba apenadísimo por ella, pero bueno, él y Diana habían sido francos y habían actuado derecho. Si perdió el trabajo o no, nunca lo supieron ni tampoco si en algo habían afectado la negociación de Edith con *¡Hola!*. Lo que sí supieron, es que la actriz dio por terminada su relación laboral con Zermat.

El 9 de junio de 2008, sólo unos días después de la publicación de *Quién* y *¡Hola!*, Santiago Creel fue removido de su cargo como coordinador de la bancada panista en el Senado de la República. Políticamente, él mismo atribuyó su remoción al conflicto que entonces sostenía con la televisora de Emilio Azcárraga por la llamada *Ley Televisa*. No obstante, es un hecho que los grupos más conservadores del Partido Acción Nacional nunca le perdonaron que él, uno de sus más dignos representantes, hubiera fracturado la institución de la familia tradicional al divorciarse de su esposa Beatriz Garza Ríos, con quien tuvo a sus hijos Santiago, María y Beatriz; tampoco que hubiera tenido una hija fuera del matrimonio con Edith, ni su relación con Paulina Velasco, veinte años menor que él y con quien después tuvo otras dos hijas: Paulina y Miranda.

Es muy probable que la numeralia de seis hijos con tres mujeres diferentes y el ser tema de las revistas del corazón constantemente fueran algunas de las muchas razones por las que sus compañeros de partido le pintaron su raya.

